

Desde los márgenes: mujeres que viven en la frontera

*Silvia Martínez Cano*¹

Resumen:

Las mujeres vivimos la realidad desde distintos frentes de lucha. Una mujer puede ocupar todos estos espacios a la vez, pertenecer a unos colectivos u otros y encontrar en muchos de ellos la exclusión que nos desplaza hacia la marginalidad. Puede vivir en su piel muchas fronteras que se entrelazan, refuerzan y complementan. Estas fronteras nos convierten en mujeres de frontera. Ser mujer conlleva un esfuerzo extra para sacar la vida adelante, tener voz en la sociedad y conseguir los propios objetivos. Los lugares en los que vivimos nos aportan dificultades a la hora de ser mujer en un mundo construido por hombres, un mundo construido por la fuerza y el poder. En muchos lugares la presencia de las mujeres es minoritaria y controvertida: en el arte y en la teología, por ejemplo. Por otro lado, ser madre etiqueta a las mujeres con prejuicios sociales que nos encasillan en determinados ámbitos domésticos, familiares y relacionales. La intención de este artículo es recorrer algunos lugares donde las mujeres se sitúan en los márgenes de la realidad y proponen nuevas formas de existir tanto para las mujeres como para los hombres. Queremos enunciar las dificultades para plantear nuevas formas de vivir, pero también, la riqueza de saber que la transformación del mundo pasa por ese parto doloroso y gozoso a la vez.

Palabras clave: fronteras, exclusión, cristiana, teóloga, artista.

Abstract:

Women live reality from different fronts of struggle. A woman can occupy these all spaces at once. A woman can belong to some groups or others and find many exclusion that moves to marginality. She can live on her skin many borders that interlock themselves. These frontiers reinforce and complement themselves. These borders make us women border. Being a woman carries an extra effort to make life on, have a voice in society and achieve their own objectives. The spaces where we live bring us difficulties of being a woman in a male-constructed world, a world built by strength and power. In many places the presence of women is minority and controversial: in art and theology, for example. Furthermore, being mother made women live with social prejudices that typecast us certain areas domestic, family and relational. The intention of this article is to explore some places where women are at the margins of reality and propose new ways to exist for both women and men. We would want enunciate the difficulties in proposing new ways of living, but also the wealth of knowledge that the transformation of the world goes through this painful birth and joyful at the same time.

Keywords: borders, exclusion, Christian woman, woman theologian, woman artist.

¹ *Silvia Martínez Cano* (*1975) Profesora de la Universidad Pontificia de Comillas y de la Universidad Internacional de La Rioja. Es Doctora en Educación, Teóloga y licenciada en Bellas Artes. Es especialista en iconografía y arte de las religiones e iconografía cristiana, arte y sagrado, teología metafórica y teología pastoral. Es artista (pintora y escultora). Pertenece a la "Asociación Mujeres y Teología" de Madrid y a la ATE (Asociación de Teólogas españolas).

El siglo XXI nos sigue ofreciendo muchos campos de batalla en el terreno de las igualdades de género. La complejidad de la existencia humana en esta sociedad de redes que se entrelazan e interrelacionan, genera una multitud de frentes de lucha. Luchas contra desigualdades que se refuerzan unas a otras, haciendo difícil una resolución rápida de las dificultades. Los mundos plurales donde vivimos y la gran variedad de lugares donde las mujeres desarrollan sus vocaciones y sus vidas están plagados de barreras que conforman una red de fronteras difíciles de atravesar. La estructura patriarcal ha dejado de ser unidimensional, y se ha estructurado polimórficamente. Desde distintas perspectivas existenciales, las barreras patriarcales limitan la aportación de las mujeres a las sociedades y las apartan de los lugares de autorrealización. La exclusión forma fronteras invisibles que no pueden ser atravesadas, sino con mucho esfuerzo. Estas son las fronteras de nuestro tiempo para las mujeres. Con ellas se ejercita la exclusión en la actualidad.

Si hicieramos un recorrido por algunos lugares de exclusión, nos daríamos cuenta que en determinados espacios la presencia de las mujeres sigue siendo rara. No solo excepcional, también conflictiva y rechazada. Una mujer puede ocupar todos estos espacios a la vez, pertenecer a unos colectivos u otros y encontrar en muchos de ellos esa exclusión. Puede vivir en su piel muchas fronteras que se entrelazan, refuerzan y complementan. Ellas nos convierten en mujeres de frontera. Como mujeres, cristianas y teólogas, como artistas, como madres, pertenecemos a este colectivo. Vamos, pues, a detenernos algunos de estos espacios que nos son conocidos. Espacios que fomentan las dificultades de ser mujer en un mundo construido por hombres, donde la medida es el tamaño de la fuerza y el poder... Donde nuestra presencia es minoritaria y controvertida en el arte y la teología como expresiones marginales... Donde somos etiquetadas con prejuicios sociales que nos encasillan en determinados ámbitos domésticos, familiares y relacionales.

Para cada frontera proponemos una imagen², un conjunto de ideas, emociones y realidades entrelazadas. Imágenes que pueden dibujar puertas en las fronteras, propuestas de transgresión e inclusión.



1. Los márgenes de ser mujer

(fig. 1)

Toda sociedad estructura sus miembros en distintas esferas de relaciones, actividades y necesidades de producción y supervivencia. El dimorfismo sexual permite una segregación cómoda que jerarquiza estas esferas y constituye los paradigmas sociales y de género. Los estereotipos femenino y masculino, tienen la posibilidad de cierta flexibilidad en cuanto al intercambio de roles y tareas, en la medida que sus miembros son capaces de adaptarse a cambios

² Las imágenes que acompañan al texto pertenecen a la autora del mismo, Silvia Martínez Cano. Han sido seleccionadas de entre su obra para ilustrar cada una de los ámbitos de este artículo. La figura 1 pertenece a una serie titulada “Empoderamiento”. La figura 2 pertenece a una serie titulada “Resurrección”. La figuras 3 y 5 pertenece a una serie titulada “Muros”. La figura 4 es una obra individual. Silvia Martínez Cano es mujer, artista plástica, cristiana, teóloga y madre.

en las estructuras sociales. De esta forma nos alejamos de ciertas ideas sobre el naturalismo o determinismo sexual de los roles que tanto ha combatido la antropología cultural feminista³.

Sin embargo, no podemos olvidar que las diferencias sexuales son un elemento social diferenciador. Cuando los paradigmas no son permeables a las variaciones sociales, oprimen a los individuos obligándoles a adoptar un modelo identitario determinado. La dinámica exclusiva atribuye carencias esenciales en las capacidades de cada uno de los sexos a modo de oposición o de complementariedad. Así, se establecen muros difícilmente franqueables una vez asimiladas las diferencias.

En cuanto a la situación de las mujeres, la visión patriarcal reconoce estas diferencias como indicadores de una inferioridad real con respecto al hombre. Dentro de los propios márgenes sociales, se establecen otros márgenes sólo para las mujeres. De esta manera, se limita su participación en la sociedad y se consolida un control sobre la vida de las mujeres. Los binomios mujer-materia, mujer-emociones, mujer-debilidad, devalúan la visión de las mujeres en sociedades fuertemente identificadas con la razón, el poder y el control como herramientas de construcción social.

Una construcción de género muy diferenciada, favorece una visión sexualizada de las mujeres. La mujer, en general, es vista como miembro funcional de las sociedades, pero no participativo. Son situadas como elementos pasivos a los que acompañar, dirigir y aleccionar. Esta visión de sumisión, ha sido justificada en occidente desde la filosofía clásica hasta nuestros días, siendo cuestionada sólo en determinados momentos históricos como por ejemplo, en las distintas olas del feminismo.⁴

Quizá por la influencia del feminismo de la diferencia y de otras corrientes naturalistas, la sociedad ha potenciado en la liberación social de las mujeres aquellos aspectos que la hacen diferente y han apoyado en ellos su identidad. Mientras que en unos aspectos ha beneficiado a las mujeres, ampliando su autonomía⁵, en otros, ha contribuido al mantenimiento de determinados paradigmas femeninos. Los mecanismos patriarcales han utilizado esta dinámica a su favor, justificando las diferencias y reforzando aquellos presupuestos que las distintas olas del feminismo combatieron en el siglo XX.

La sexualización de la mujer, y su consiguiente marginalidad social, viene generada entre otros factores, por una visión mayoritariamente material de su ser como sujeto. Por ello, el cuerpo de la mujer y su sexualidad son el elemento principal de relación con ella y va a condicionar sus relaciones y su sitio en la sociedad. Muchos de los avances en materia de derechos de las mujeres durante el siglo XX, tenían relación con la liberación sexual y reproductiva. En estas últimas décadas existe una cierta aceptación social de que las mujeres son libres en su toma de decisiones y que crecen como dueñas

³ Gulia Paola Di Nicola, *Reciprocidad, hombre y mujer. Igualdad y diferencia* (Narcea: Madrid 1992), 144.

⁴ Pese a la revolución feminista de siglos pasados la presencia de las teorías de Aristóteles y otros autores siguen influyendo en los iconos femeninos sociales, para quienes “la hembra es hembra en virtud de cierta falta de cualidades [...] tiene alma pero no en plenitud como el varón”. Esta afirmación, por nombrar una de las más conocidas y fuente de muchos otros autores a lo largo de la historia, sigue fomentando en la vida social una visión androcéntrica y peyorativa de la mujer. Cfr. Aristóteles, *La reproducción de los animales*, IV, 773b-776a, (Gredos: Madrid 1994).

⁵ Aránzazu Hernández Piñero, “Igualdad, diferencia: genealogías feministas” en: *Feminismo/s* 15 (2010), 82-84

de su vida. Sin embargo, en el ámbito de la comunicación, la imagen y los iconos sociales podemos observar que, de diez años atrás a la actualidad, se vuelven a imponer los modelos femeninos tradicionales, con los matices propios del siglo XXI.

La identidad de las mujeres se ve presionada por una cultura hipersexualizada, en las que las diferencias sexuales son el reclamo para el otro sexo. Se recupera en la publicidad el uso del cuerpo femenino para la exhortación a la compra, por deseo y no por necesidad. Se trata de experiencias sexuales contenidas en un objeto de consumo. Se fomenta la competitividad entre mujeres a través de la transformación del cuerpo como valor absoluto de la mujer. Ser bella y estar sexualmente apetecible se convierte en uno de los objetivos de la madurez, dejando en segundo plano la autorrealización personal. Estas imágenes femeninas son iconos que provocan desarreglos en la autoimagen personal de las mujeres, más preocupadas por agradar al varón que a una misma. La diferencia sexual, utilizada como la diferencia entre sexos, amplía la brecha entre hombres y mujeres, aumenta las diferencias construidas a través del género y discrimina con más fuerza a los que no encajan en los estándares.

De igual manera, presiona a las mujeres en los distintos ámbitos sociales, condicionando sus decisiones a todos los niveles. Encontramos mujeres muy capaces en los ámbitos profesionales, mujeres formadas y competentes a nivel cultural, que apoyan su identidad en su exuberancia sexual. Es cada vez más habitual la vuelta a un cuidado exagerado del cuerpo. La moda, la estética desbordada del culto al cuerpo como vía para el éxito... son algunas de las estrategias que vuelven a implantarse en la mentalidad de las mujeres jóvenes. El último fenómeno es la vuelta a la faja, vendida como “modelador corporal”, pero al fin y al cabo, faja que oprime el cuerpo. La dependencia de la aprobación de los varones genera una comparación constante entre sexos, que nos remite a los parámetros de género de tiempos anteriores al feminismo. Las mujeres siempre pierden por su condición tradicional de debilidad, que en la práctica se traduce en menos posibilidades, menos recursos, y más trabas sociales.

Las mujeres adultas se ven sometidas a una serie de afirmaciones a las que tienen que enfrentarse para poder sobrevivir. La primera tiene que ver con la afirmación de que las mujeres son libres de tomar decisiones sobre su vida y sus relaciones. Sin embargo, volvemos a encontrarnos después de un siglo de feminismo que las relaciones de pareja, entre padres e hijas, madres e hijas... siguen fomentando conductas de pasividad en niñas y adolescentes. Estas futuras mujeres adultas recuperan una identidad de muñecas, a expensas de las demandas de los varones. Sus decisiones están condicionadas de nuevo por una educación sexualizada y diferenciada que inconscientemente las dirige hacia los paradigmas tradicionales de ser mujer.

La segunda promete a las mujeres el acceso al mercado profesional en igualdad de condiciones que los hombres. Sin embargo es un acceso desigual, que comienza desde muy pronto, en las primeras elecciones que se toman al decidir en que ámbito profesional una mujer quiere estudiar o trabajar. Las mentalidades sociales empujan a las jóvenes a elegir profesiones ligadas al cuidado de los demás, una extensión de su labor en la familia. En España el porcentaje de mujeres que ejercen la medicina es de un 46%, pero su distribución en los distintos espacios de este ámbito es desigual. En algunos centros de salud (atención primaria), el 100% de trabajadores son mujeres, mientras que se calcula que hay un 13% de mujeres que siguen el camino del doctorado

para dedicarse a la investigación⁶. Sin embargo, siguen existiendo los techos de cristal en los ámbitos de dirección, gestión, empresariales, políticos... Los cargos de responsabilidad y gestión suelen estar en manos de los varones y también aquellas especialidades médicas que tienen más prestigio como puede ser la cirugía (81%), traumatología (88%)... El 20% de las mujeres que ejercen la medicina tienen jornadas reducidas o contratos de jornadas a tiempo parcial. Es sorprendente que volvamos a nombrar problemas que parecía que se estaban superando. Lo cierto es que, con la crisis económica mundial, se ha reforzado las estrategias conservadoras del sistema patriarcal, que empujan a la mujer parada de nuevo a casa y a las mujeres jóvenes a rebajar sus expectativas de futuro.

La tercera idea se funda en el convencimiento de que para ser una mujer se han de asumir las tareas del mundo público y del privado de la misma manera. La asunción de este doble trabajo genera una dicotomía difícilmente resoluble. Unas asumen que su autorrealización como mujer pasa por el ámbito público y renuncian a la maternidad o la posponen como única forma de participación social. Otras se rinden y asumen que es imposible compatibilizar los dos mundos y descubren en la maternidad el centro de su autorrealización como personas. Las propias estrategias sociales, han generado en algunos grupos sociales nuevas ideas sobre la femineidad, la maternidad y la vuelta a lo natural, que justifican los modelos tradicionales. La apuesta de algunos colectivos de mujeres a dar a luz en casa, el alargamiento de tiempo de lactancia hasta dos o tres años, la utilización de elementos de higiene corporal naturales como pañales ecológicos, que han de lavarse para su reutilización, el uso de dispositivos reciclables en sustitución de compresas higiénicas... todo ello tiene las ventajas de introducirse en un mundo más natural, más ecológico y menos derrochador, pero a la vez son, de nuevo, trabas en recursos y posibilidades para las mujeres. Otras asumen la esquizofrenia de una doble jornada de trabajo, mal remunerada y poco reconocida. Estrés, problemas de salud, imposibilidad de tiempos personales... son las consecuencias del intento de conciliar las dos exigencias sociales.

Ser mujer conlleva un esfuerzo extra para sacar la vida adelante, tener voz en la sociedad y conseguir los propios objetivos. La crisis actual nos lo pone más difícil. Sin embargo no podemos perder la perspectiva de los espacios alcanzados donde la presencia de las mujeres, en diversidad y diálogo permanente, es acicate para seguir reivindicando nuevos modelos sociales de relación y estructuras renovadas de participación.

2. Los márgenes de ser cristiana

(fig. 2)

Ser cristiana es un beneficio para las mujeres. En el tiempo de Jesús y en la actualidad. La relación de Jesús con las mujeres fue y sigue siendo una relación liberadora. Jesús libera desde dos perspectivas. Por un lado, Jesús propone también un seguimiento a las mujeres, que las saca de su rol tradicional del siglo I en el mundo judío y greco-romano. Aunque tenemos ejemplos en los que se nombra a mujeres judías en la diáspora mediterránea que participaban activamente en la vida religiosa, social, económica y

⁶ Datos sacados del Instituto de la mujer <http://www.inmujer.es/estadisticas/consulta.do?area=5> (13 enero 2013) y <http://www.inmujer.es/documentacion/Documentos/DE0043.pdf> (26 diciembre 2012)

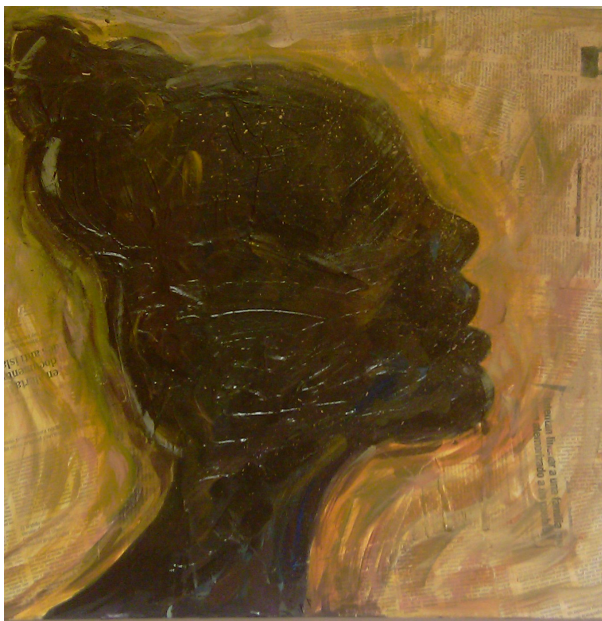


Ilustración 2: Palabra. Serie Resurrección

política, la gran mayoría vivían una vida religiosa y social más restringida. Sólo tenían obligación de tres preceptos: encender las velas del *Sabbat*, apartar y quemar un trozo de masa antes de meter el pan en el horno y observar las leyes de la *niddah* (pureza menstrual)⁷. Estaban exentas de algunas leyes por considerar que intervenían en sus obligaciones familiares, como la peregrinación a Jerusalén o el estudio de la Torah. Las mujeres podían escuchar la palabra, seguir los preceptos de Moisés en la intimidad, pero no tenían voz en la religiosidad colectiva⁸. El problema no es, en este caso de la religión judía, sino de la interpretación que se hace de ella.

Jesús propone una revolución, un nuevo concepto de acercamiento a Dios, de camino hacia la sabiduría, liberando a las mujeres de sus ataduras sociales y dotándolas de autonomía para decidir su propio camino religioso.

Sabemos por los evangelios que el grupo de Jesús estaba constituido por hombres y mujeres. De algunas mujeres no tenemos el nombre, de otras sí. Lucas menciona a María Magdalena, Juana y a Susana (Lc 8, 1-3), y Juan a María la de Santiago, la hermana de María y María la esposa de Cleofás (Jn 19,25). Eran más las que formaban parte del grupo itinerante, de las que no tenemos información. Dado que de otros discípulos varones sucede lo mismo es normal pensar que sería un grupo heterogéneo⁹, en el que los evangelistas sólo nombran a los discípulos y discípulas más significativos. Podemos entender, entonces que estas mujeres hacían vida de discípulas de Jesús y formaban parte del grupo en igualdad de condiciones que los varones. En este sentido, la construcción teológica del relato de la casa de Marta y María presenta las dificultades que plantea esta realidad en la comunidad de Lucas. Es decir, que desde muy pronto la presencia de las mujeres en las comunidades cristianas y su participación en igualdad suscitó tensiones.

Por otro lado, las mujeres son sanadas físicamente y también moralmente por Jesús. Son liberadas de sus cargas, y son invitadas a compartir el mensaje del Reino,

⁷ Victoria Howell, "Hijas de Abraham: el papel que jugaron las mujeres en las primeras comunidades cristianas que refleja Lucas," en: Isabel Gómez-Acebo (ed.), *Relectura de Lucas* (Desclée de Brouwer: Bilbao 1998), 21-53, aquí 36. Citando a Judith Ronmey Wegner, *Chattel or Person? The status of women in the Mishnah* (Oxford University Press: New York 1988).

⁸ Victoria Howell, op. Cit. 38. Citando a Ross S. Kraemer, *Her share of the blessings: women's religions among pagans, jews and christians in the greco-roman world* (Oxford University Press: New York 1992), 97.

⁹ Suzanne Tunc, *También las mujeres seguían a Jesús* (Sal Terrae: Santander 1999), 29-31.

reintegrándose en el *sistema* social de nuevo y modificándolo¹⁰. En el encuentro de Jesús con la cananea es un buen ejemplo que modifica el rumbo del evangelio de Mateo (15,21-28), abriendo la propuesta salvadora de Jesús a otros pueblos, incluidas sus mujeres¹¹. Esto ya constituía de por sí, una acción transgresora y escandalosa para el medio en el que vivían. Desde estas preocupaciones de los evangelistas sobre la vida de sus comunidades podemos entender la controversia sobre el papel de las mujeres que existe en las cartas de Pablo y en los escritos de los primeros cristianos. MacDonald apunta a una preocupación por las fronteras entre lo público y lo privado y la visión que las mujeres de las comunidades cristianas dan al mundo mediterráneo¹². Esta preocupación está detrás de la polémica del velo (1Cor 11,2-16) y de otras cuestiones relacionadas con el comportamiento de las mujeres que se toman en serio la propuesta de Jesús. Podemos encontrarlas en segundas y terceras redacciones de las cartas de Pablo y en otros autores cristianos posteriores.

Cuestiones como las que recoge Justino en su *Apología* sobre la vida de la mujer casada¹³, el carácter inconstante y débil de las mujeres del que habla Ambrosio¹⁴ o su tendencia al pecado en el que se centra todo el argumento contra las mujeres de Tertuliano, especialmente en *De cultu feminarum*, se van a imponer en la mentalidad cristiana. Esta actitud refleja una pérdida del espacio de las mujeres en la vida eclesial que va a llegar hasta nuestros días. La vida de las mujeres cristianas en la actualidad, está atravesada por una mentalidad tradicional y patriarcal, que sigue planteando desde un análisis fenomenológico existencial una “predisposición sponsal natural de la personalidad femenina”. Esta expresión, que aparece en *Mulieris Dignitate* 20¹⁵, hace entender que su realización como persona, su dignidad y su vocación, de acuerdo con los dones específicos recibidos en la creación sólo puede pasar por los roles femeninos de la maternidad y la sumisión al varón, y en su defecto, por una virginidad controlada. Así, el varón sigue siendo cabeza de la mujer (Ef 5,21-28) haciendo de intermediario entre Dios y las mujeres. Según este criterio las mujeres cristianas quedan excluidas de cualquier responsabilidad o participación eclesial como el sacerdocio o el liderazgo de las comunidades cristianas.

Sin embargo, en otro documento, Juan Pablo II reconoce la vulneración del estatuto de discípulas otorgado por Jesús y adquirido por ellas a lo largo de los siglos: “(...) Por desgracia somos herederos de una historia de enormes condicionamientos que, en todos los tiempos y en cada lugar, han hecho difícil el camino de la mujer, despreciada en su dignidad, olvidada en sus prerrogativas, marginada frecuentemente e incluso reducida a esclavitud. Esto le ha impedido ser profundamente ella misma y ha empobrecido la humanidad entera de auténticas riquezas espirituales. No sería ciertamente fácil señalar

¹⁰ En este sentido, Elisa Estévez plantea un sistema de sanación social en el que no sólo el sanador interviene, sino que se genera una dinámica en la que el enfermo/a, familiares, vecinos, sus creencias y costumbres intervienen en esta sanación, de tal manera que modifican el entorno social en el que se vive. Cfr. Elisa Estévez, *Mediadoras de sanación* (San Pablo UPCO: Madrid 2008), 44-45.

¹¹ *Ibid.* 286.

¹² Margaret Y. MacDonald, *Las mujeres en el cristianismo primitivo y la opinión pagana. El poder de la mujer histérica* (Verbo Divino: Estella 2004), 175-179.

¹³ *Ibid.* 242-248.

¹⁴ Karen Borrensen, *Subordination and Equivalence: The Nature and Role of Women in Augustine and Thomas Aquinas* (Catholic University Press of America: Washington 1981), 25-30.

¹⁵ Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem* (San Pablo: Madrid 1988), 64

responsabilidades precisas, considerando la fuerza de las sedimentaciones culturales que, a lo largo de los siglos, han plasmado mentalidades e instituciones. Pero si en esto no han faltado, especialmente en determinados contextos históricos, responsabilidades objetivas incluso en no pocos hijos de la Iglesia, lo siento sinceramente.”¹⁶ Esta afirmación deja abierta una vía de diálogo entre los propios cristianos y cristianas, e invita a las mujeres cristianas a seguir luchando por una convivencia eclesial igualitaria.

Es evidente que aunque haya expresiones de este tipo, en la práctica, la situación de las mujeres cristianas deja mucho que desear. Muchas de ellas se sitúan en la frontera eclesial, rechazadas por su condición de divorciadas, lesbianas o madres solteras... otras conviven en comunidades donde su función se reduce al servicio comunitario dictado por el clero o al cuidado de las familias cristianas. Sin embargo, hay una pequeña presencia de mujeres cristianas que reivindican su puesto al lado de Jesús. Ellas se sienten mediadoras de la salvación de Cristo y viven con alegría el trabajo por la transformación interna de las estructuras eclesiales. Pese a estar en los márgenes, proclaman su pertenencia a la Iglesia de Cristo, como transmisoras del plan de Dios.

3. Los márgenes de ser teóloga



Ilustración 3: Palestina. Serie Muros

(fig. 3)

La presencia de las mujeres en el mundo de la cultura sigue siendo escasa. Durante mucho tiempo su presencia en las escuelas estaba vetada. Aquellas que pudieron acceder al privilegio de la sabiduría se enfrentaron a prejuicios y desprecios, por el simple hecho de ser mujer: “Son los hombres los que elaboran el sistema de valores de la sociedad y los que tienen la palabra sobre la mujer, de modo que lo que sabemos del mundo femenino medieval ha sido escrito fundamentalmente por hombres, muchos de ellos clérigos”¹⁷. Esta afirmación referida al mundo medieval es extensible a otras épocas de la historia. La reducida presencia femenina en los círculos de la cultura, ha

¹⁶ Juan Pablo II, *Carta a las mujeres* n° 3 en http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/letters/documents/hf_jp-ii LET_29061995_women_sp.html (5 abril 2013).

¹⁷ María Jesús Fuente y Purificación Fuente, *Las mujeres en la Antigüedad y la Edad Media* (Anaya: Madrid 2003, 2.ª ed.), 50.

generado esencialmente dos consecuencias: primero la escasa producción literaria femenina, que ha servido para muchos varones de argumento que justificara la inferioridad intelectual de las mujeres, argumento masculino para mantener inconscientemente la situación de inequidad que desequilibra las sociedades donde vivimos a favor de los varones. Segundo, una construcción del pensamiento desde una perspectiva masculina. Los hombres han construido la historia y la visión antropológica de la existencia humana, desde sus parámetros, sin contar con la experiencia de las mujeres. De esta forma se ha normalizado el pensamiento masculino, mientras que la dialéctica femenina sobre la vida resulta marginal, fuera de los estándares.

Desde esta realidad, es habitual encontrar afirmaciones como la del Concilio II de Orleans (533) en las que se establece que “nunca más se ordenará a mujeres diaconisas debido a la debilidad de su sexo” o la prohibición del Concilio de Autum (670) de que las mujeres suban al altar.¹⁸ Subir al altar significaba autoridad a través de la palabra, privilegio sólo otorgado a varones célibes. Así, las mujeres hemos sido pensadas teológicamente por los hombres y para los hombres, y cercadas por los muros de la ignorancia. Aquellas que tuvieron la voluntad y la oportunidad de traspasar los márgenes pudieron soñar un mundo distinto, como sucedió con Christine de Pisan. Con dificultades podemos encontrar en la historia mujeres que rompieran los esquemas patriarcales de su entorno cultural y se atrevieran a hablar y actuar de diferente manera, afirmándose a sí mismas como palabra con autoridad y palabra crítica frente a quién construía el pensamiento. Lo cierto es que no conservamos sus nombres, borrados en el olvido de la historia, y tenemos dificultades para reconocer los pensamientos de las mujeres conocidas tamizados por la interpretación de los varones. Por ello, las mujeres se sitúan siempre en el límite entre la ortodoxia y la heterodoxia que es la diferencia entre vivir silenciadas o romper el silencio.¹⁹

Consideramos la primera teóloga de la historia a Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695). Monja que se revela y proclama que su sexo no es razón suficiente para desarrollar su inteligencia al servicio de la comunidad cristiana: “Hombres necios que acusáis a la mujer, sin razón, sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis. Combatís su resistencia y luego, con gravedad, decís que fue liviandad lo que hizo la diligencia”.²⁰ Sor Juana Inés ya habla de escuchar a las voces desconformes y analiza las causas de exclusión de las mujeres.²¹ Otras mujeres, después pudieron entrar en diálogo con los varones y dejarse oír. La mayoría de las veces fueron voces críticas. Esto añadió al rechazo primero de la palabra femenina, una nueva dosis de desagrado. Quizá por eso, las mujeres que son teólogas llevan consigo una marca indeleble de tensión y enfrentamiento que hace desconfiar de ellas y no escuchar sus reivindicaciones, tachadas de exageradas o fuera de lugar.

Con el Concilio Vaticano II se multiplicó la presencia de las mujeres en la teología. Ha sido una gran oportunidad para ampliar la reflexión teológica a otros ámbitos donde las mujeres tienen mucho que decir. En estos 50 años se han multiplicado las publicaciones

¹⁸ María Jesús Muñoz Mayor, “Presencia testimonial de las mujeres en la Iglesia (s. I-V)” en: Isabel Gómez-Acebo (ed.), *Mujeres que se atrevieron* (Desclée de Brouwer: Bilbao 1998), 21-76, aquí 37.

¹⁹ Claudia Opitz, “Vida cotidiana de las mujeres en la Baja Edad Media (1250-1500)” en: George Duby y Michelle Perrot (eds.), *Historia de las mujeres en Occidente*, (Taurus: Madrid 1992) 2: *La Edad Media*, 321-400, aquí 380.

²⁰ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras escogidas* (Espasa Calpe: Madrid 1976), 58.

²¹ Teresa Forcades, *La Teología feminista en la historia* (Fragmenta: Barcelona 2011), 86-87.

de teólogas, tanto textos completos como revistas especializadas e internacionales como *Concilium*, que ha dedicado varios de sus números a la reflexión de las teólogas. Pero no deja de ser un espacio marginal que se articula en contextos eclesiales muy pequeños. En estas últimas décadas, el pensamiento posmoderno ha favorecido la individualidad y la libertad beneficiando a las mujeres en muchos aspectos (derechos, reivindicaciones, etc), pero a la vez se da un giro conservador que se resiste a una equidad real en la palabra de hombres y mujeres. Este movimiento se establece al considerar que las diferencias son tan reales entre géneros, que se tiende a asociar de nuevo a las mujeres a los espacios privados por considerarlas más perfectas en el cuidado y en el amor²². En estos espacios la palabra, asociada a la razón, pesa menos que la acción amorosa y por lo tanto, la mujer posee un potencial especial en la familia o el ámbito doméstico.

Por eso, las teólogas se enfrentan diariamente a un problema: la dicotomía entre lo que Dios quiere de ellas y lo que les dictan las costumbres, las leyes y la moral religiosa y eclesial.²³ Luchan diariamente para que su voz tenga el mismo valor que la de sus compañeros varones. Las teólogas experimentan las dificultades de estudiar teología más que los varones, porque en muchos lugares su sexo no les permite estudiar. Se establecen horarios de estudio donde difícilmente una mujer puede compatibilizar el estudio con una jornada laboral. Se enfrentan a prejuicios iniciales o a generalizaciones que juzgan su teología como incompleta, poco sistemática, demasiado emocional... Son minoría en un mundo de hombres, estudiando construcciones de conceptos masculinas. En el trabajo de las teólogas sale de forma natural el intento de despertar interrogantes a la teología tradicional. Plantean retos y ofrecen desafíos desde una lectura femenina y feminista de la experiencia de Dios, de la hermenéutica bíblica, de la cristología, de la moral y la eclesiología... y de esta manera construyen una antropología nueva integrando en ella la experiencia de ser mujer en este mundo, en los márgenes y pese a los márgenes. Dan nuevos enfoques a la teología y descubren aspectos que la renuevan y la refrescan. Ser teóloga es un camino complejo donde la lucha por hacerse escuchar como Palabra en la pequeña y gran Iglesia es constante.

²² Rosa Cobo, *Hacia una nueva política sexual. Las mujeres ante la reacción patriarcal* (Catarata: Madrid 2011), 151-153.

²³ Teresa Forcades. Op.Cit, 39.

4. Los márgenes de ser artista



Ilustración 4: Esperando.

(fig. 4)

En la actualidad, las mujeres artistas ocupan significativos espacios del mundo de las artes visuales. Pese a este cambio real a favor de mayor presencia de mujeres artistas, las estadísticas nos dicen que sigue siendo un mundo de hombres. Si en 1985 Guerrilla Girls se manifestaba delante del MOMA criticando que sólo un 10% de los artistas de la exposición temporal²⁴ del museo eran mujeres, en la última encuesta del observatorio de la MAV (Asociación de Mujeres en las Artes Visuales) se ponía en evidencia que las diferencias siguen siendo notables cuando las mujeres ocupan un 13% de las artes visuales expuestas.²⁵ El dato es muy similar y bastante escandaloso, si nos fijamos que hay una diferencia de 27 años.

Es cierto que al igual que en otras disciplinas, como la teología, las dificultades de acceder a la educación artística han sido mayores para las mujeres, no pudiendo acceder a las academias de arte de siglos anteriores de forma plena, ya que determinadas materias como anatomía o dibujo del natural era un terreno vetado. Tampoco fue fácil la exposición pública de la obra, o la venta de la misma, donde había que luchar contra la idea de que el arte para la mujer era una “afición”. Sofronisba Anguisola (1531/32-1625) fue la primera mujer que se registró, en el reinado de Felipe II, como pintora de corte, sin embargo nunca vendió sus cuadros y sus encargos siempre fueron como pequeños regalos que la artista hacía a distintas autoridades. Esta visión paternalista del arte de las mujeres, hacía que la credibilidad acerca de las creaciones de las mujeres fuera muy débil. Este efecto se sigue notando en el arte femenino y feminista de nuestra actualidad. Hoy seguimos estudiando la corriente pictórica del impresionismo en la obra de los pintores varones como Monet, Manet, Renoir... pero poca gente conoce a mujeres que pertenecieron al movimiento y que llevaron también el impresionismo a

²⁴ En 1985 el MOMA (*Museum of Modern Art*) de Nueva York celebró una exposición de arte contemporáneo titulada *An Internacional Survey of Painting and Sculpture*.

²⁵ Informe nº7 de 2011 sobre mujeres artistas en 10 museos de arte contemporáneo: <http://www.mav.org.es/index.php/observatorio/informes> (15 febrero 2013).

sus últimas consecuencias. Berthe Morisot (1841-1895), Mary Cassat (1844-1926) o Eva Gonzalès (1849-1883) tuvieron que buscar en el ámbito de lo doméstico la inspiración y los modelos para su obra, de excelente calidad, pero nunca comercializada como la de sus compañeros. Ellas abrieron el camino a otras mujeres que en el siglo XX hemos conocido y contemplado en los museos y en el mundo audiovisual. Sin embargo, encontraremos dificultades para encontrarlas en los libros de historia del arte de las escuelas. El arte de las mujeres es invisible.

La MAV también denunció en otro estudio que, tras analizar cerca de mil exposiciones individuales organizadas en 22 centros de arte de toda España en los últimos diez años (entre 2000 y el 2009), únicamente el 20% eran mujeres artistas, y tan solo el 9,4%, españolas. Estas cifras nos hablan de un casi inexistente reconocimiento del trabajo de las mujeres artistas y con ello la merma de posibilidades para seguir creando desde unas condiciones dignas.

Las mujeres artistas deben constantemente probar que tienen capacidad para crear y que son en cualquier caso artistas con las mismas dimensiones que cualquier varón. Por eso muchas abandonan su camino, para dedicarse a los hijos o a la enseñanza en educación primaria y secundaria, al no sentirse respaldadas por un entorno cultural receptivo. Por ello muchas de ellas se asocian y se apoyan, desarrollando una crítica a las estructuras de la cultura y los medios visuales. Para las mujeres artistas el tema de la identidad y del género es uno de los más recurrentes, porque las hace reflexionar sobre la propia realidad y sobre la influencia del medio social en su obra y en su vida.²⁶ Se posicionan de forma individual o colectiva en lugares donde transforman las fronteras del espacio público y privado. Convierte el arte en prácticas políticas de resistencia, y provocan cauces de interrelación y de expresión simbólica de lo que las preocupa.

Muchas mujeres artistas, ante la resistencia del medio social a su obra, se esfuerzan en denunciar a través de su arte las condiciones de precariedad de las mujeres y las dificultades en ser entendidas como verdaderas abanderadas del pensamiento cultural. Deconstruyen los valores sociales que presionan a las mujeres y cuestionan las estrategias éticas, estéticas y sociales del sistema patriarcal.²⁷ Se interesan por modificar la expresión y el lenguaje (audio-visual-artístico) para incorporar las experiencias de las mujeres en la conciencia colectiva. Por eso, son mujeres de frontera, portadoras de nuevos imaginarios colectivos que son alternativa igualitaria para este mundo.

5. Los márgenes de ser madre

(fig. 5)

Uno de los condicionantes más importante en la vida de las mujeres es la familia. La maternidad modifica radicalmente la vida de las mujeres y condiciona la visión de éstas de la realidad. Las mujeres han sido tipificadas según su sexo y género: familia, procreación, cuidado, hijos, hogar. Esta asunción de roles sociales ha estimulado una

²⁶ Linda Nochlin, *Woman, art, and power and other essays* (Thames and Hudson: London 1989), 147-150.

²⁷ Karen Cordero e Inda Saénz (comp.), *Crítica feminista en la teoría e historia del arte* (Universidad Iberoamericana: México 2007), 106.



Ilustración 5: Madre en la ventana. Serie Muros

perfecta separación de valores y normas diferentes para ambos sexos dentro de las relaciones familiares. Las relaciones generan expectativas y refuerzan una educación a los hijos e hijas que orienta hacia competencias dimórficas que permiten controlar los movimientos sociales desde estas células más pequeñas.

Las mujeres en esta situación se han sentido encerradas en un ámbito privado donde lo que se esperaba de ellas era una actividad no reconocida y poco valorada. Por un lado se idealizaba la valor de la madre, como cuidadora de los hijos, futuros ciudadanos, pero por otra, su invisibilidad a nivel social era tal que no accedía a los debates sociales sobre los problemas de la vida comunitaria.

Hoy en día, existe una presencia de diversos tipos de familias, y lo que es más importante, una flexibilidad en los roles en la dinámica familiar.

Se ha producido un tímido reparto de las cargas familiares, lo que descarga de algún modo a las mujeres madres, revertiendo en el cuidado personal y el cuidado de las propias oportunidades de autorrealización. Se reducen los vínculos de dependencia y se establecen diálogos más igualitarios entre padre y madre, progenitores e hijos. Se suavizan las polaridades de autoridad-obediencia y se procura conciliar la vida personal con la familiar.

Sin embargo, no debemos olvidar que la estructura patriarcal se aferra con fuerza en las familias tradicionales, que no han dejado de ser referente social. En estos momentos de crisis mundial, la ideología familiar tradicional ha influido en muchas políticas sociales, reconociendo de nuevo la autoridad del padre como único valor capaz de reconducir las situaciones caóticas en las familias. De esta manera, observamos que en la actualidad se vuelve a otorgar a este modelo un papel central en el régimen del bienestar social.

Las mujeres, primeras afectadas por la crisis, vuelven a los modelos familiares tradicionales como el espacio final donde poder desarrollar su identidad. Esto conlleva una serie de dificultades añadidas a las que ya se experimentan por propio hecho de ser mujer: primero se renuncia a la propia realización personal, haciéndose cargo en su mayor parte de los trabajos familiares. Segundo, se renuncia a tiempo personal para cuidar a otros, así como a la merma de las posibilidades de retorno a la esfera de lo público o a un empleo de calidad. Tercero, se instala en la mente de las mujeres la conciencia de que estas decisiones han sido tomadas en libertad sin ser influidas por las presiones sociales patriarcales. La conciencia de una reclusión querida, se normaliza, entendiéndose que la condición de “ángel del hogar” siempre fue la apropiada para las mujeres.

Sin embargo, nos preguntamos, ¿qué sucede con aquellas mujeres que teniendo una conciencia crítica frente a las opresiones patriarcales, eligen voluntariamente formar una familia y asumir el cuidado compartido de los hijos e hijas? Son mujeres que no renuncian a continuar la lucha por los derechos de las mujeres y tampoco a la

satisfacción de criar a sus hijos e hijas en igualdad amorosa. Estas mujeres sufren una doble violencia social. Por un lado, no encajan en el modelo tradicional de mujer sumisa, por lo que ciertamente, no son vistas de manera positiva por la mentalidad que apuesta por una mujer dependiente. Por otro lado, son sospechosas de tradicionalistas en aquellos sectores sociales donde se rechazan los formatos familiares tradicionales y se invita a las mujeres a abandonar la maternidad, entendida como lastre para la realización personal. Son mujeres de frontera que apuestan por un diálogo entre la búsqueda de la propia identidad y la maravillosa experiencia del cuidado de los otros.

Para estas mujeres, ser madre es una carga y un beneficio a la vez. Es una carga porque son conscientes de las renunciaciones que supone donarse a otros, exigir una responsabilidad paterno/materna compartida con su pareja y ser juzgada de forma continua por su opción hacia los demás. Es un beneficio porque incorpora las experiencias de las mujeres que sufren a sus reivindicaciones sobre la realidad femenina, aprende de la propia experiencia y de la de las demás y contribuye a una visibilización de otra forma de existir, transformando los parámetros sociales del individualismo y el interés propio por otros más solidarios y relacionales. Las mujeres que eligen estar entre dos mundos, conectan el mundo femenino de lo doméstico con la realidad política y social, cambian mentalidades e desinstalan de su lugar a los prejuicios masculinos sobre la atención del otro y el diálogo amoroso y el disfrute de la vida de los otros, incompatible con la política de la autoridad y el poder.

6. Pequeñas conclusiones

En definitiva, podemos decir que es más difícil que una mujer triunfe en cualquier campo (en los de este artículo o en otros) que un hombre. Ser mujer, ser cristiana, ser teóloga, ser artista y ser madre es tener que defenderse ante los demás constantemente. La combinación de estas distintas facetas de la vida de una mujer es un juego de equilibrios entre la realidad desencarnada y la conciencia de saber que amar la vida te libera. Experimentar dos o más de estas facetas (mujer cristiana, cristiana teóloga, teóloga y artista, madre y teóloga...) conlleva incompreensión y rechazo, pero a la vez el goce de saberse en el camino hacia otro mundo. Un mundo distinto, diverso y abierto. Un mundo al otro lado de las fronteras del clasismo, los roles obligados o los prejuicios sociales. Estas mujeres de frontera abren puertas, a veces simplemente practican pequeños huecos en los muros que nos separan y dividen. Con ello, ejercitan las prácticas locales de la justicia y la conciliación. En definitiva, se recrean en el ejercicio de la responsabilidad y la autonomía²⁸ desde el respeto profundo hacia la vida de los que habitan esta tierra.

²⁸ Lucía Ramón, *Queremos el pan y las rosas. Emancipación de las mujeres y cristianismo* (HOAC: Madrid 2011), 112-115.